Globethics Repository



Conflicto y reconciliación [Conflict and Reconciliation]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Castro, Emilio
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-04 06:20:56
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/156006

CONFLICTO Y RECONCILIACION *

Emilio Castro

"¿Puede ser verdad que haya valdenses que denuncian a otros valdenses a la autoridad policial?" "No puedo participar en el culto que usted predica, pues no creemos lo mismo. Sí, creemos en el mismo Dios, pero no pensamos lo mismo en materia político-ideológica. Usted sabe que lo aprecio mucho como hombre y como pastor, pero no puedo escucharlo. No importa lo que usted esté diciendo al explicar la Escritura. Algo en mi interior me está diciendo: '¿por qué lo dice?, ¿por qué lo dice?, ¿qué intenciones tendrá?' Usted sabe que lo quiero pero no puedo adorar en su iglesia".

I. La Iglesia no puede escapar de los conflictos del mundo

El movimiento ecuménico involucra hoy a gente de todo el mundo; gente de diferentes colores, razas y nacionalidades. Con frecuencia aparecen como enemigos naturales. No obstante en el mundo tienen que luchar y destruirse unos a otros, ya sea por las armas o con una insincera cortesía diplomática. Si en la iglesia, no obstante las penosas advertencias familiares como las que he citado de mi propia experiencia, aún podemos hablarnos sinceramente es simplemente porque estamos bajo la luz de la cruz de Jesús. Mientras permanezcamos bajo esa luz podremos seguir dialogando. Para poder hablar sinceramente, debemos dar ocasión de ofrecer tenues señales de las cosas por venir, cosas aún imposibles en nuestro mundo actual.

---

* Este artículo apareció en *The Ecumenical Review*, Vol. XXV, Nº 3, Julio 1973, págs. 286-294, y se publica con la debida autorización.

Los cristianos han estado en bandos opuestos a lo largo de la historia. Nuestros lectores tendrán recuerdos de su propia experiencia nacional cuando en guerra internacional o en guerra civil se encontraron, voluntariamente, u obligados, como partes de un conflicto. La guerra forma trágica parte de la herencia de la humanidad y de la historia de la cristiandad. Pareciera que en virtud de esta larga experiencia de participación en guerras, los cristianos hubiéramos aprendido a aceptar y a reconocer que la ruptura transitoria de nuestras relaciones, aun hasta el extremo de matarnos unos a otros, no implicaba una ruptura fundamental en la fe que, en alguna medida, nos estaba uniendo y que posibilitaría una reconciliación, una vez que el conflicto fuera superado.

Una nueva clase de conflicto

Pero hoy, la crisis se presenta con algunas características distintas pues la división, el conflicto, se producen en situaciones que oficialmente se consideran de paz. Es decir, no existe la claridad de la oposición de una nación a otra, de tal manera que los antecedentes de la historia cristiana no nos prestan una ayuda inmediata. Hoy ha muerto la visión liberal de la sociedad como conciliación de los opuestos. La radicalización se presenta en forma de lucha de clases. Las manifestaciones ideológicas de esta lucha nos enfrentan a todos los niveles exigiendo soluciones globales, totalizantes. El cuadro más patético lo proporciona la lucha interna en el seno de la Iglesia Católica Romana, unida en doctrina y aun en autoridad jerárquica y, sin embargo, sacudida por una verdadera revolución interna que opone a cristianos que defienden diferentes grupos sociales, diferentes posiciones ideológicas.

Pero si el dramatismo se ve objetivamente en la Iglesia Católica, la situación no es menos seria en las otras ramas de la cristiandad. El monolitismo ideológico protestante, que sacralizaba una ética de trabajo competitivo, se ha roto en mil pedazos y cuesta encontrar los mínimos comunes denominadores que den razón de ser a nuestra existencia confesional separada. Las divisiones escapan a todos los niveles confesionales o denominacionales para manifestarse en el seno de la comunidad cristiana como prolongación de las divisiones que sacuden a las comunidades seculares.

Mirando hacia la historia de la cristiandad, se encuentra que la Iglesia cristiana ha tenido una unidad relativamente monolítica en dos situaciones extremas. Una es cuando la cristiandad sacraliza el *status quo* y hace suya la ideología imperante en la comunidad. Al participar los creyentes de la totalidad de valores de la comunidad, se hace relativamente fácil mantener la unidad ideológica. El otro extremo es la situación de secta. Cuando un grupo cristiano se sujeta a una disciplina comunitaria y hace de su militancia en ese grupo el centro rector y coordinador de toda su vida. Cuando la agen-

da no la provee el mundo en el cual Dios actúa, sino que es creada por la misma iglesia, es posible eludir los elementos conflictivos. Pero tan pronto como tomamos con seriedad la participación global de los cristianos en la construcción de la ciudad terrenal, las diferentes opciones que chocan en la búsqueda de una reestructura social penetran también en la iglesia y producen las mismas angustias, las mismas divisiones.

La aceptación de nuestra situación de diáspora, en medio de los conflictos del mundo, trae como consecuencia la presentación de esos conflictos en el seno de la comunidad cristiana. Una vez que hemos sido enviados a servir en nombre de Cristo en las diferentes estructuras de la sociedad, es lógico esperar que los diferentes compromisos que asumimos tengan su contraparte en la vida de la comunidad cristiana.

Viviendo en tensión

El conflicto es angustiante. Por un lado, entendemos que las opciones que asumimos corresponden a nuestra obediencia cristiana y suponen caminos de superación de las injusticias inherentes a nuestra situación. Por otro lado, encontramos que hermanos nuestros de cuya honestidad no podemos dudar, se encuentran en posiciones diametralmente opuestas a las nuestras. Los que ayer luchábamos juntos por la predicación del evangelio a un mundo incrédulo, hoy encontramos con dolor que nuestro testimonio unido no llega al mundo, en virtud de que con nuestras actitudes objetivas frente a los problemas que afectan ese mundo, asumimos posiciones contradictorias. Hoy comprendemos que donde hemos estado unidos en la profundidad del amor cristiano en los momentos de dolor o en los momentos de exaltación espiritual de la liturgia, no podemos mantener esa unidad, sino que por el contrario, barreras psico-sociales nos van apartando paulatinamente unos de otros.

Ayer tuvimos a nivel internacional excelente cooperación entre iglesias de distintos países. Los misioneros llegaban a nuestras tierras como representantes de un evangelio liberador. Hoy, miramos esas mismas tierras en actitud de desconfianza, pues las vemos como el lugar desde el cual se orquesta nuestra dominación y sometimiento. Las grandes asambleas ecuménicas fueron el lugar en el cual se crearon relaciones de amistad, compañerismo, comprensión y confianza. Hoy se convierten en el lugar de debate en el cual vociferamos nuestras respectivas posiciones y nos desafiamos en términos de nuestras recíprocas lealtades ideológicas.

II. Conflicto liberador y reconciliación liberadora

Nuestra tentación inmediata es lamentar profundamente la situación e intentar buscarle rápido remedio. Los caminos de la diplomacia humana se nos ofrecen: eludir temas polémicos, buscar cami-

nos de compromiso, términos medios, etc. Abdicar de la fidelidad a nuestras convicciones en aras de una unidad que reconocemos como un valor importante y que queremos preservar. Pero es aquí donde la carta del Comité Central a las iglesias nos impide esta línea y nos invita a buscar otra solución, el "ministerio profético del conflicto liberador". En lugar de buscar una solución inmediata a nuestras discrepancias, nos invita a preguntarnos si las mismas pueden ser convertidas en un conflicto que acelere nuestra recíproca liberación. Se asume aquí un pensamiento importante, que la ausencia de conflicto no es sinónimo de paz, que el conflicto no es, en sí, un elemento destructor de la comunión fundamental que nos une, sino que al contrario, el conflicto puede servir para llevar nuestra comunión a bases valederas. La fe nos impide pronunciar la palabra "Paz" cuando no hay paz. Jesús no vacila en llamar "sepulcros blanqueados" a sectores de poder en su época, rechaza posibles avenidas de compromiso que son sugeridas por sus apóstoles o aun por el propio Pilato, para seguir el conflicto hasta su plena culminación. La cruz tiene que revelar la magnitud del pecado humano y la magnitud del amor divino. Sin el conflicto que llega a su paroxismo en lo alto de la cruz no habría una clara comprensión de la profundidad del pecado humano y de la gloria de la oferta divina. El análisis de las situaciones conflictivas puede remover falsas razones para la división. Nuestros provincialismos culturales y clasistas están siempre obrando en nuestros juicios, y en consecuencia, a través del diálogo apasionado podemos llegar a corregirnos recíprocamente. Al mismo tiempo el conflicto tiene que ser llevado a sus últimas consecuencias para que aparezcan las raíces del mal. No podemos hacer del ecumenismo un ejercicio de felicitación recíproca, sino una verdadera disciplina de recíproco cuestionamiento.

Pero una vez que tomamos en serio la búsqueda de la verdad en las relaciones humanas, en las palabras de la carta de Utrecht, seremos mensajeros "of strife in a world of false peace", con todos los malentendidos que esto trae consigo, pues difícilmente el mundo reconocerá que su paz es falsa y los cristianos sometidos a las influencias ideológicas de su medio ambiente, tienden a participar en los juicios de valor que realiza ese mismo mundo.

¿Cristo divide?

Unicamente en esta perspectiva podemos comprender las palabras del Dr. José Míguez Bonino en el diálogo realizado en Utrecht, cuando afirmaba que Cristo mismo es quien nos divide. Se trata de una división sobre soluciones humanas, donde nuestro prójimo necesitado, nuestro prójimo desprovisto de poder, ocupa el centro de nuestra atención. En la medida en que Cristo nos desafía a tomar posición por los desheredados de la tierra, es El quien nos está llevando hacia la división. Desde luego, podemos equivocarnos al leer las señales de los tiempos y descubrir las mejores maneras de le-

vantar el marginado a su papel protagónico en la historia. Pero la seriedad de nuestra opción es ofrecida en obediencia a Jesucristo. Eso hace que la división, en el seno de la iglesia cristiana no sólo repita en algunas medidas las divisiones existentes en las sociedades seculares, sino que las profundice, por cuanto la pasión y la lealtad que nos caracteriza como cristianos, están presentes en las distintas opciones que asumimos. No podemos ver como opinable la suerte de nuestro prójimo, sino que es una opción fundamental, es a Cristo a quien servimos o a quien olvidamos. La conversión cristiana, reorientación de nuestra vida a partir de la aceptación del perdón y salvación que Dios nos ofrece en Cristo, implica un discipulado militante en el servicio de nuestro prójimo. En el cumplimiento de ese discipulado es donde surgen nuestras divisiones. De allí la carga de angustia que la acompaña. Pero allí también las posibilidades creadoras dentro de un conflicto que nos obliga a vivir con un problema, hasta que se encuentre la dirección que lleva hacia su solución.

Otra clase de libertad

La carta del Comité Central a las iglesias nos sorprende con la expresión, "el ministerio sacerdotal de la reconciliación liberadora". Entendíamos que el conflicto surgía de nuestra búsqueda de liberación para nosotros y sobre todo, para nuestro prójimo oprimido. Aquí, paradójicamente se nos llama a reconocer que la reconciliación también tiene consecuencias liberadoras.

Nuestra primera reacción sería considerar la reconciliación como la posibilidad que se abre cuando el proceso de liberación llega a un momento culminante. Pero aquí se nos pide ver que la reconciliación, en sí, puede ser instrumento para la liberación. En todo el mensaje de la Escritura está claro que la reconciliación con Dios supone una toma de posición a favor de nuestro prójimo. La reconciliación produce libertad y nos convierte en siervos de esa libertad. La experiencia de conversión es alistamiento para la liberación de nuestro prójimo. En este sentido es claramente comprensible la expresión de Utrecht. La predicación de la reconciliación, la vivencia de esa reconciliación en la liturgia de la iglesia, la realidad de un perdón concedido en Jesucristo producen liberación, generan fuerzas para el proceso liberador en cuanto nos invitan a sumarnos a la misión de Dios en el mundo.

Pero tenemos que tener presente lo que constatábamos anteriormente, que esa participación con Dios en pro de nuestro prójimo, nos coloca en situaciones conflictivas y genera el conflicto. Es decir, la experiencia espiritual, la reconciliación con Dios nos coloca al servicio de la libertad de nuestro prójimo, y por lo mismo, en una situación conflictiva. Tenemos que plantearnos el problema de esta otra manera: ¿hay en la reconciliación cristiana y en la vida cotidiana de los cristianos, una posibilidad liberadora o el único camino es la permanente búsqueda del conflicto?

III. ¿Qué clase de reconciliación hace falta?

La Iglesia tiene una larga tradición de mediadora en los conflictos sociales. Durante siglos, su presencia ha sido solicitada en momentos de gran tensión humana. Se asumía que en alguna medida estaba por encima de los conflictos que dividían a la sociedad en un momento determinado. Hace muy poco tiempo hemos tenido en la familia del Consejo Mundial de Iglesias el ejemplo de la reconciliación operada en Sudán, ayudada en alguna medida por las iglesias. Pero también, lamentablemente, la tradición de la Iglesia conoce muchas situaciones en las cuales la palabra de paz, de reconciliación fue pronunciada prematuramente para acallar un conflicto antes que el mismo pudiera llegar a manifestar su potencia liberadora. ¿Cómo conjugar estas dos situaciones? ¿Cómo hablar de reconciliación y actuar por la reconciliación de tal manera que la liberación, la plena humanización sea el resultado de nuestra acción?

Cuando el Cristo resucitado se presenta frente a los discípulos, que con las puertas cerradas se protegen de la persecución, pronuncia una palabra de "paz". ¿Cómo podían ellos creer en la paz cuando habían visto la brutalidad de la opresión centrarse sobre su Maestro y Señor? Jesús muestra sus manos y su costado herido. Las cicatrices son sus credenciales. Porque ha ocupado el lugar del hombre oprimido y pecador, porque ha participado en la lucha contra las potencias satánicas, porque no ha permanecido neutral, sino que ha proclamado una y otra vez la voluntad salvadora, liberadora de Dios para los hombres, y ha sufrido las consecuencias de esa proclamación, tiene derecho a anunciar la paz.

La palabra reconciliadora, el gesto de acercamiento de la Iglesia cristiana puede ser creíble únicamente cuando viene acompañado por las marcas de la cruz, cuando no se ha estado fuera del conflicto, sino que se ha participado en la suerte de los sectores más desposeídos.

En el propósito de Dios todas las cosas han de ser recapituladas en Jesucristo. Hacia esa meta apuntamos, desde esa meta vivimos. En la esperanza de esa reconciliación, cuyo fundamento ha sido colocado por Dios en Jesucristo, y cuya consumación veremos en la plenitud de su Reino, nos movemos en esta tensión escatológica, en medio del conflicto apuntando hacia su superación. Porque participamos en la misión de Dios que va acompañando el quehacer histórico de los hombres, vamos viviendo cada situación conflictiva en la esperanza de que la misma libere la plenitud de sus posibilidades libertadoras, y al mismo tiempo vamos estableciendo aquellas marcas de reconciliación, aquellas acciones simbólicas que permiten a los hombres creer que el conflicto no es la palabra final, que no puede ser absolutizado, que más allá del mismo hay una promesa de reencuentro, de reconciliación, hacia la cual debemos aspirar.

Credenciales para la reconciliación

Son las credenciales de participación en el sufrimiento y en la lucha de los hombres por su liberación en un sector de nuestra tierra las que habilitan a la comunidad cristiana a desempeñar un papel reconciliador en otro sector. El ejemplo más dramático, sin duda, es el mencionado de la paz en Sudán. En virtud de la participación de la Iglesia en la lucha contra el racismo en el continente africano, y la permanente afirmación del derecho a la libertad y a la justicia del hombre africano, se hizo creíble la participación de organismos cristianos en el tendido de puentes de reconciliación entre los grupos en conflicto.

En nuestra nueva situación misionera, donde vivimos en total interdependencia, la fidelidad en el cumplimiento de nuestra misión en nuestros países respectivos es un instrumento de apoyo a la misión de la Iglesia en otras partes del mundo. Lo diríamos de esta manera: la participación liberadora en los conflictos nos permite participar en reconciliaciones a su vez liberadoras en otras situaciones conflictivas.

En el plano local

Pero no sólo debemos mirar a los grandes hechos internacionales. En nuestras propias comunidades locales se producen conflictos en que los cristianos estamos divididos.

La tradicional actividad de servicio social de las iglesias, que puede ser muy criticada en cuanto sólo atiende los frutos del mal social pero no ataca sus raíces, puede ser concebida en su realización como una forma de plantar símbolos de la reconciliación que buscamos, y no necesariamente como un remiendo de la situación social y la postergación de conflictos necesarios. Tenemos que reconocer que hay muchas circunstancias en las cuales no están dadas las condiciones para el surgimiento de un conflicto de poder que permita esperar como fruto cierta medida de liberación humana. Aun cuando este tipo de juicio corresponda más al plano de lo táctico político que al teológico, seríamos ciegos si no desconociéramos la verdad de situaciones semi-cerradas en las cuales la posibilidad de crear ámbitos parciales de encuentro humano constituiría una reconciliación temporaria en lo existente. No es la meta de nuestros afanes pero es lo único rescatable si se busca proporcionar la base socio-emocional, desde la cual eventualmente puedan ser enfrentados la radicalidad de los problemas y el conflicto subsiguiente. Por un lado, acciones de servicio social sin discriminación —tipo Cruz Roja—, permiten erigir señales de humanidad en medio de situaciones de agresividad, recordándonos la común participación en la necesidad última del hombre por su subsistencia, por su supervivencia. Por otro lado, una acción social de tipo servicial puede preservar a grupos humanos de la total sumisión, de la total aceptación de cir-

cunstancias esclavizantes. Mientras que no se dan las condiciones del conflicto que puedan implicar el cambio radical en la estructura de la sociedad y, en consecuencia, en la condición de servidumbre de los hombres se dan situaciones interinas en las cuales se permite recuperar el ánimo y comenzar a tener una cierta conciencia de la dignidad humana que permita en su momento y lugar, el enfrentamiento de los problemas más fundamentales. En este sentido, la "reconciliación", en cuanto saca al hombre de la aceptación, la sumisión y el resentimiento, para ayudarlo a tomar conciencia de su situación, es un elemento liberador sin perjuicio de reconocer que esta "reconciliación" así lograda, si bien ofrece una posibilidad de profundizar en el diálogo social, ofrece también todas las condiciones para que se dé el conflicto con mayor seriedad.

Es decir, la violencia implícita en la situación social aliviada por un servicio social cristiano, elimina cierta dimensión de odio social pero, al mismo tiempo, ilumina la conciencia del oprimido sobre la magnitud de su problema y lo habilita para plantear las demandas, preguntas y exigencias que conduzcan a su liberación humana.

La permanente intercesión por la paz en situaciones conflictivas que puede ser criticada como apaciguamiento prematuro, puede ser vista también como una verdadera posibilidad liberadora. La tregua de Dios, que criticamos en cuanto pudiera significar que el día de la batalla hiciera diferencia a los ojos de Dios, proveía una oportunidad para serenar los ánimos y volver a contemplar el conflicto en sus verdaderas dimensiones. La experiencia social, por lo menos en nuestra parte del mundo, América Latina, indica la importancia que los grupos en conflictos asignan a la Iglesia una y otra vez para lograr un cierto respiro en la situación que permita humanizar la lucha, en cuanto la misma no es llevada hasta soluciones desesperadas. El vivir de la reconciliación bajo la sombra de la cruz debiera impedir que la intolerancia religiosa forme parte de nuestros conflictos sociales. Por intolerancia religiosa no entendemos simplemente las lealtades religiosas, sino el grado de exaltación emocional en que el odio constituye el impulso director de la acción humana. La eliminación del odio como categoría de lucha social es un valor liberador aun de los mismos combatientes. La lucha por la libertad no se da solamente en el plano de la oposición exterior de los hombres, sino en el interior de cada conciencia humana. En la medida en que somos conscientes de un destino común de todos los hombres, de un mañana hacia el cual apuntamos y que ha sido afirmado por Dios en Jesucristo, en el cual tendremos que encontrarnos como hermanos, estamos eliminando factores conflictivos irracionales.

IV. **Conflicto en obediencia - Reconciliación obediente**

Esta es la tensión en que debemos vivir, sabiendo que Dios llama a la búsqueda de la liberación del hombre y de la comunidad. Enrolándonos en obediencia Dios en esa lucha, corriendo los

riesgos de los errores que pueden acompañar nuestras opciones humanas, pero buscando a partir del conocimiento de la libertad que nos ha sido dada en Jesucristo, afirmar esa libertad en todos los órdenes de la vida. Esto nos enfrenta a nuestro prójimo, nos enfrenta a nuestro hermano. Ese hermano que Dios me ha dado, que yo no he elegido. En esta situación conflictiva, por lealtad al Cristo que se nos presenta en mi prójimo necesitado, nos encontramos en la desesperante situación de tener que oponernos a otros hermanos. En obediencia a la promesa de libertad tenemos que aceptar el conflicto. Al mismo tiempo estamos viviendo desde la reconciliación operada por Dios en Jesucristo, amparándonos en el perdón de los pecados. Buscando la expresión de la reconciliación que corresponde a la unidad deseada por Dios para todos sus hijos, procuramos discernir las señales de la acción divina en nuestra historia contemporánea. Porque estamos reconciliados con Dios, tomamos caminos de obediencia que pueden ser dispares. En el permanente encuentro y desencuentro, en el compromiso y en el nuevo comienzo, preguntamos una reconciliación que ya nos pertenece pero que esperamos en su plenitud. Ahora vemos en parte; confiamos ver en plenitud. Ahora ya nos pertenecemos unos a otros, porque pertenecemos a Cristo y a su misión. En la dolorosa esperanza y certidumbre de un encuentro futuro en la obediencia predicamos y participamos en el conflicto que genere libertad, en la obediencia anunciamos y plantamos señales de una reconciliación que es el anticipo y la garantía de nuestra final libertad.